

CRITICA

José Miguel Varas, *Neruda clandestino* (Santiago de Chile: Editorial Alfaguara, 2003). 228 páginas

Un mito entrañable

Jaime Concha

University of California—San Diego

A más de medio siglo, la leyenda sigue viva, incluso vigente. Es cierto que el poeta la cuidó, la adornó, reelaborándola y perfeccionándola constantemente hasta darle un sello mundial en su Discurso de Estocolmo en 1971. Allí, a dos años de su muerte, con una audiencia internacional que el Nobel venía a consolidar, recordó una vez más un hecho en la oscura política de un país oscuro consagrándolo con resplandor definitivo: el estatuto y la condición de un mito.

A cada poeta, su leyenda; y si aquél es de los grandes, ésta puede ser también vasta e inconmensurable. Cuentan que Victor Hugo, exilado en Guernesey por Napoleón “el Pequeño”, se hacía dirigir su correspondencia así: Victor Hugo, El Océano. La proporción entre el gran poeta del Diecinueve y su residencia marina no estaba mal del todo. En cuanto a Neruda, su leyenda personal más cara no parece haber sido ni imperial ni doméstica, por mucho que Isla Negra, según me dicen los amigos, esté adquiriendo un creciente y preocupante cachet turístico. Pero no: entre el pobre Pacífico del Sur y el viejo y prestigioso Atlántico de arriba no hay donde perderse...

El mito entrañable de Neruda, su leyenda más decisiva, es probablemente la fuga de 1948-9, su viaje a través de la Cordillera en el sur de Chile, "bajo las alas clandestinas de la patria", perseguido por el tiranuelo de turno. Es este hecho local, regional y nacional a la vez, el

tiempo de un hombre grávido de la epopeya del *Canto General*, lo que Varas explora, investiga, recrea y noveliza en su *Neruda clandestino. Tour de force* magistral, no cabe duda, en que el novelista debe atravesar su propia cordillera - la obra del poeta en sentido amplio y más precisamente el *Canto General*, testimonio doblemente dantesco, en el mal sentido de la palabra, por el infierno del Pisagua, del Carbón, de las masacres en la capital y, en el mejor sentido, por la denuncia de fuego prendida entre sus páginas. Lo hace, claro, acompañado del poeta y de su poesía, que lo ayudan y no lo aplastan. Curiosamente, y a lo mejor sin proponérselo, el número sacro de las 15 secciones del *Canto General* se reitera acá en 15 capítulos exactos: una "Introducción", 13 capítulos centrales y un "Epílogo" final. ¿Cortesía pitagórica de la casa?

La línea narrativa del texto es de una impresionante fluidez. A través de los escondites sucesivos de Neruda vamos entrando en diversos ambientes familiares, conocemos núcleos humanos diferentes: una pareja de estudiantes universitarios, una fotógrafa profesional cuyo pequeño hijo, precoz anfitrión del poeta, daría que hablar después en las letras chilenas, un tal Poli Délano, etc. Galería límpida y vivaz de personajes, cotidianeidad de un país ya ido, gente que pobló las andanzas del poeta, rodeándolo y guiándolo en su camino a la libertad.

Hay a veces uno que otro *flashback* que nos remonta al pasado. El más notable me parece el relacionado con Víctor Pey en el capítulo "El hombre del Winnipeg". No sé si en lo substancial es invención de Varas. Esa salida del refugiado catalán y su familia en el puerto de Burdeos condensa todo el pathos de la Guerra Civil Española, su tragedia infinita que aun nos dura, a la vez que muestra el espíritu absolutamente antiburocrático de Neruda. En su sobrio dramatismo, en que nada falta y todo es justo, se trata de una escena memorable. (Menos me gusta el "Interludio asiático", con la sempiterna Josie Bliss, que da una sensación de *déjà lu*). A veces hay también un suspenso *sui generis*, como el de ese carabinero que se sube, sin tener arte

ni parte, en el auto que conduce al poeta hacia el sur de Chile. Varas no prodiga ni desperdiga este tipo de efectos, porque sabe que el suspenso, como gozne narrativo, es una peculiar dramatización del tiempo. En el incidente del carabinero, Varas desdramatiza a la perfección.

La transparencia del relato está llena, eso sí, de latencias, de reflejos e irisaciones subyacentes; es más bien una transparencia prismática. Tómese, por ejemplo, el estupendo capítulo de " El elefante blanco". A través del humor de Neruda, a través de su fabulación de lo cotidiano, vemos un refrigerador-elefante que se transforma en ídolo oriental y que da paso a risueñas lecciones de teología hinduista y, con otro tono, a reflexiones sobre la liberación animal. El animal explotado que vio en el Oriente, escarnecido en zoológicos y en el circo de la civilización occidental-cristiana, puesto al nivel de nuestra idiotez antropocéntrica, es algo que hirió la sensibilidad del poeta hasta el grado que, desde *Estravagario* en adelante, será tema y obsesión persistentes en su obra. (A Peter Singer, el filósofo de *Animal Liberation. An Ethics for the Treatment of Animals*, le habría gustado conocer estas páginas, las de Neruda y las de Varas). Pero todo esto sin énfasis ni solemnidad, con la pizca de fantasía que, partiendo de un símil o una ecuación inocente, labra un collar de insólitos avatares.

El texto es igualmente de una gran complejidad formal. Esta proviene de fuentes y de procedimientos constructivos eficaces. Solo dos, de alcance y de magnitud bien disímiles.

Obviamente, los núcleos temáticos del libro son el proceso de creación del *Canto General* en varias de sus partes y la aventura misma del cruce de la Cordillera. Ellos trazan el eje longitudinal del relato y gradúan la tensión que lo estructura. En este andamio de impecable precisión, monta y ensambla el autor una serie de materiales discursivos, lenguajes de distinto nivel y de diversa laya, que entran en colisión y chocan entre sí, dando dinamismo y variedad a lo narrado: los poemas transcritos en el primer capítulo contrastan en el segundo con la jerga

ramplona del gobierno y de la policía, contraponiendo epopeya y burocracia, libertad y delación; cartas (una hermosísima atribuida a Tomás Lago) y versiones divergentes del episodio central; reminiscencias orales de sobrevivientes del 48, entre las cuales destaca el conmovedor monólogo de Leoné Monsalvez, cuyo dejo popular es inimitable. Y mucho más, sin duda: por ejemplo, hay una franja de niños chicos, de chicocos y pistucios que andan por estas páginas como Pedro por su casa (Aidita al comienzo, el hijo de Bellet, el pequeño porquerizo de Hueinahue), trayendo un encanto singular y refrescante, sobre todo por las relaciones que con ellos establece Neruda.

Todo ello - voces, recuerdos, testimonios - contribuye a hacernos sensible la inmersión del poeta en el territorio de su patria, que va a culminar en el retorno a la selva de su infancia y en la experiencia crucial de los Andes. Lo local, lo regional - selva y Sur - potencian la aventura hasta un límite extremo, haciendo de ella una especie de Machu Picchu ulterior y alternativo - no de alturas sino transversal, no con ruinas pétreas sino más bien de "entrada a la madera", no con Juanes incásicos, sino con tres Juanes de sus aldeaños indígenas. Este abrazo, este encuentro con su tierra será para el poeta algo inolvidable y está en la base de la fusión entre la historia y la leyenda. En ese rincón "al fin de la tierra" (palabras de Neruda, 146), el poeta descubre y coincide con la verdad de su propio símbolo. De ahí en adelante será, porque ya lo había imaginado así, una "lámpara de tierra" en su país y en su nación, como es posible leer en el mismo poema de Neruda. Y lo será hasta el día de su muerte, hasta el delirio final, cuando el fascismo le cierre los ojos.

Otro sí: el estudioso de Neruda comprobará sorprendido, gracias a Varas, que el potente imaginario de "Infancia y poesía" (1954) está ya larvado aunque muy visible en la experiencia de la selva valdiviana, de la hacienda Hueinahue en particular. Ahí emergen ya la visión del aserradero, la lluvia-música en el techo, el motivo del coleóptero del coihue y de la luma (y no

luna, como aparece por una sobredeterminación lírica en las *Obras Completas* de Losada). Entre 1949 y 1954 ha habido, entonces, desplazamiento y condensación - las mismas operaciones que un viejo sabio vienés ya identificó como características del sueño y de la creación poética).

En lo que toca a su arquitectura global, ya he dicho que el texto descansa en dos pilares, el de la "Introducción" y de un apéndice "A manera de epílogo". En la primera, el autor pone al descubierto sus cartas, nos presenta el reparto del libro, su infraestructura, las fuentes orales y escritas de que pudo echar mano. Es, indudablemente, el Autor, en plena posesión de sus materiales, y así la firma. En el Epílogo, en cambio, el periodista está exiliado en Moscú el año 1979. Otro año de ratas, tan impuro como el de 1948. Nada ha cambiado en Chile, una nueva represión entremedio, un poco más de sangre bajo los puentes. El autor ha dejado de ser sujeto, es ahora un objeto aventado por la historia. En la "Introducción" armaba su libro; acá en el "Epílogo", gracias a la entrevista con el ex dirigente del Partido Comunista, don Américo Zorrilla (poca gente tiene en Chile el don de merecer el "don"), vemos como se armó la edición clandestina del *Canto General*, como fue impreso, corregido, encuadernado y distribuido. La "lámpara de tierra", como en el poema, se hizo cuerpo y se echó a andar por el mundo.

Este deslizamiento de 1948 a 1979 me permite concluir hablando un poco de la vigencia a que aludía al comenzar esta crónica. El libro de Varas no es literatura del pasado, ni siquiera historia de un pasado más reciente; es, directa o indirectamente, literatura e historia de hoy, del presente, de lo actual. Desde su óptica nos hace percibir y nos vuelve palpables un modo de vivir y un modo de convivir que hoy brillan por su ausencia. Un tiempo en que se compraba menos y se comía mejor, en que se consumía menos y se vivía mejor o, dicho simplemente a secas, se vivía. Ciertamente, otro país.

Collage nerudiano, crónica de tiempos de la clandestinidad, este libro releo y reestudia un gran clásico, recorre el itinerario del poeta en uno de sus momentos decisivos y lo hace con una actitud que no resulta hagiográfica ni iconoclasta. Resucita las raíces del mito nerudiano auscultando el corazón del pueblo que estuvo con él y junto a él. No es un libro epigónico ni derivativo, sin embargo, en la medida que reinscribe la leyenda en el plexo del presente, izándola para contraste y antítesis del Chile de hoy. Nadie mejor que Varas para emprender este diálogo y esta tarea de lucidez. Escritor de excepción entre los que hoy importan en nuestra cultura, su conciencia política y sus inicios literarios se fraguan en la experiencia de la represión, por el mismo período que es materia de esta obra.

Publicado a los 99 años de edad del poeta, *Neruda clandestino* es un buen punto de partida para la conmemoración del centenario que ya se prepara aquí, varios puntos de las Américas y en Europa. Ojalá los homenajes al poeta resulten ser lo que Neruda seguramente hubiera querido: un ejercicio crítico de lucidez para rehacer la vida chilena con las armas de la razón y la fuerza de su poesía.



© 2003 A Contracorriente



A Journal on Social History and
Literature in Latin America

Una revista de historia social
y literatura de América Latina

The views expressed by this author do not necessarily reflect the opinions of the editors or members of the editorial board.